

PARADOJA DEL PROGRESO

José Ignacio Villar Romero

50.000 a.C.

Las dos tribus se enfrentaban frenéticamente en la ladera. Durante unos minutos, se habían lanzado lanzas, se habían clavado hachas, cuchillos y dagas para matarse. Los sacerdotes de las tribus invocaban desde sus poblados a los dioses para que les protegiesen en la batalla. Todas las mujeres y niños rezaban tras los amuletos en los que tanta fe tenían. La sangre corría ladera abajo y las moscas comenzaban a acudir a ella. La furia de los combatientes era tremenda, por lo que golpeaban a sus enemigos con total fuerza y sin fisuras. Más tarde, los muertos eran enterrados en presencia de sus seres queridos. El dolor se adueñaba de los corazones de las familias.

Siglo XI

Una súbita descarga de flechas caía sobre la infantería que había quedado a manos del enemigo. Brazos, piernas y hombros eran atravesados por perfectos proyectiles de madera, rematados de hierro en la punta. La sangre salpicaba las hierbas de aquel valle, los gritos habían espantado a todo animal que vivía cercano y los hombres luchaban con dolor y lágrimas en sus pupilas, pues se daban cuenta del horror en el que estaban participando. Eran tantas las vidas que se perdían en aquel suelo, mientras que sus cuerpos eran pisoteados una y otra vez por los vivos que aún combatían... El coraje, la venganza, la ira, la frustración y el rencor mantenían la batalla en pie. Desde la retaguardia, los generales trataban de organizar un contraataque con las unidades de reserva para no perder el territorio, pues aún tenían esperanza de victoria en la batalla. Mientras tanto, todas las tropas enviadas al primer asalto perecían una tras otra, cayendo unos sobre

otros, amontonándose así los cadáveres, que después se multiplicarían en llantos en los pueblos de su país.

Siglo XVII

Los cañones azotaban los muros de la ciudad. Los techos de las casas de los inocentes se hundían con sus familias dentro, siendo aplastadas por el derrumbamiento que la pólvora provocaba. Los mosquetes no hacían sino aniquilar vidas y almas. Los impactos de las balas desplomaban a todos aquellos soldados que combatían por el control de la ciudad. A veces los jinetes caían, y sus caballos seguían galopando solos intentando abandonar aquel espantoso lugar; y otras veces, eran los caballos los que recibían una bala en el lomo y los que los montaban caían al suelo de forma violenta, quebrando alguno de sus huesos. El humo gris se alzaba al cielo conforme pasaban las horas. El fuego provocaba gritos y llantos allá por donde pasaba. Los artilleros no dejaban ninguna torre defensiva en pie. Las familias se dividían mientras los curas se encerraban y rezaban. El alcalde huía con el dinero que había podido coger de la administración municipal.

1915

Los obuses caían frente a las trincheras. Los soldados recibían las órdenes de sus superiores de disparar a discreción. Las bayonetas y cuchillos se hundían en los vientres de aquellos que fueron enviados a invadir la trinchera de en frente. Los tanques escupían obuses dirigidos al enemigo. La lluvia incesante congelaba a los hombres resguardados del fuego en aquellos boquetes en la tierra tan malolientes, a la vez que los reclutas vomitaban y perdían el conocimiento. Las lenguas de los distintos bandos se confundían entre sí por la cantidad de gritos y voces que allí se daban. En los búnkeres de las ciudades, mujeres, ancianos y niños esperaban sin saberlo, la muerte de sus hermanos, padres, hijos, esposos...

2015

Las alarmas se hacían notar gravemente en los tímpanos de los ciudadanos. Los avisos de bombas no cesaban, y se oía de fondo como caían devastadores misiles de avión. Las balas de los fusiles de asalto se hacían eco por los barrios de la cálida ciudad, mientras los helicópteros supervisaban las principales calles. Las explosiones de los coches también participaban en la orquesta, sintonizando con los cristales que caían fuertemente y se partían en mil pedazos en el suelo. Algunos edificios se derrumbaban a la vez que explotaban granadas por las calles. En los campos de refugiados, se imploraba y rezaba al cielo. Los líderes religiosos se insultaban entre ellos a distancia, pero los que combatían frente a frente eran los soldados de los países. Los niños lloraban desconsolados al haber perdido de vista a sus familias. Los malheridos gritaban como nunca lo habían hecho, pues no eran capaces de controlar el dolor que el combate les había provocado.

En una pequeña despensa a oscuras, y cerrada a cal y canto, un anciano le contaba a su nieto:

-Hijo, si por ahí dicen que el ser humano está continuamente progresando, andan muy equivocados. Recuerda que las bombas que caen aquí ya cayeron en su día. Recuerda que estas muertes tienen su origen en la religión, la política, las diferencias... como también en aquel día. Pero sobre todo, no olvides que las lágrimas de hoy, son las mismas que las de ayer. El hombre continúa siendo su peor enemigo. Sigue matándose a sí mismo, sigue torturándose, sigue eliminándose. El progreso no es progreso por mucho que el mundo mejore sus comunicaciones y tecnología. El progreso es progreso cuando el hombre deja las armas y la destrucción, y establece la paz y la conciliación, algo que todavía está muy lejos de ocurrirnos, algo que llevamos soñando desde que nacimos.